

**António Apolinário Lourenço, Osvaldo Manuel Silvestre (coords.). *Literatura, Espaço, Cartografias*. Coimbra: Centro de Literatura Portuguesa, 2011, 533 pp.**

El volumen que reseñamos es el resultado de la colaboración entre las universidades de Coimbra, Minho y Santiago de Compostela, coordinadas en este caso por el Grupo de Investigación «Literatura sem fronteiras» (que dirige el profesor Lourenço), ubicado en el Centro de Literatura Portuguesa de la Faculdade de Letras (Universidade de Coimbra). El origen de esta iniciativa editorial se remonta al Coloquio Internacional homónimo celebrado en el ateneo conimbriguense los días 6-8 de mayo de 2010, con la participación de más de una veintena de especialistas en campos de estudio diferentes, lo que redundó en el cariz interdisciplinar de la propuesta, descrita por sus coordinadores como un intento de seguir indagando en torno a las relaciones entre la literatura, las disciplinas del espacio y las artes basadas en la representación espacial.

No parece casual, a ese propósito, que la presentación del volumen se abra con una alusión al texto de Jorge Luis Borges titulado «Del rigor en la ciencia», donde se planteaba la dolorosa aporía de un mapa tan preciso y detallado que acabara confundiendo con el territorio cartografiado, con la consiguiente pérdida de valor modelizante y representativo. La fortuna de dicho apólogo allende los límites de la pura fruición literaria forma ya parte de la historia de las ciencias humanas y sociales a caballo entre los siglos xx y xxi. Baste recordar que los jirones inservibles de ese mapa borgesiano del Imperio han sido convocados en sus disquisiciones teóricas por numerosos geógrafos culturales, semiólogos y autores a caballo entre la filosofía y las humanidades de cuño culturalista. El punto de contacto de casi todas esas referencias ha sido la insistencia en la condición posmoderna y su reiterada tendencia a hacer un uso metafórico del lenguaje espacial y cartográfico en detrimento del supuesto predominio moderno de la temporalidad y la linealidad cronológica, un rasgo éste ya subrayado por el Foucault heterotópico de «Des espaces autres» (1967) cuando contraponía los decimonónicos y piadosos descendientes del tiempo a los actuales habitantes encarnizados del espacio. Tres décadas más tarde, Graham Huggan (*Territorial Disputes*, 1994) declinaba esa obsesión geoespacial en clave poscolonial, al analizar el motivo del mapa en la ficción canadiense y australiana contemporánea, sentando así los cimientos de lo que denominaba ya sin ambages una «cartografía literaria». Recientemente, Peta Mitchell ha sistematizado y desarrollado por extenso esos fermentos teóricos (*Cartographic Strategies of Postmodernity*, 2008), llegando a concluir que fenómenos como la globalización, el desarrollo de las actuales megalópolis, el multiculturalismo o la revolución digital en las tecnologías de la información y la comunicación habrían tenido su contrapartida en la convergencia posestructuralista y posmoderna entre lo textual, lo cartográfico y lo metafórico como mecanismos deconstructivos, aspectos todos ellos visibles en el debilitamiento de la frontera entre lo teórico y lo ficcional (lo científico y lo imaginativo) o en la continua tematización autorreflexiva de los límites de la representación, cuyo paradigma supremo sería el mapa imposible postulado por Borges. La proliferación de las metáforas espaciales y cartográficas en el discurso crítico y sus relaciones con el nuevo orden mundial ha sido analizada también por autores como Melba Cuddy-Keane («Imaging/Imagining Globalization: Maps and Models», 2002) o Andrew Thacker («The Idea of a Critical Literary Geography», 2005/6).

Un buen ejemplo de esa doble presencia de lo espacial y lo cartográfico podemos hallarla en las diferentes y heterogéneas contribuciones que dan forma a *Literatura, Espaço, Cartografias*. Prueba de ello es el texto conclusivo de Osvaldo Manuel Silvestre, una *Coda* no en vano titulada «O lugar dos estudos literários». Dicho texto se presenta como una suerte de sucinta reseña apologetica de este volumen compuesto por múltiples objetos y perspectivas y que postula un Lector Ideal propenso al caleidoscopio y a diafragmas con grandes aberturas. En efecto, su autor elenca de forma certera las líneas rojas que estructuran la propuesta: las implicaciones geoliterarias de eti-

quetas como literatura regional, nacional, transnacional, emergente o mundial (la añeja idea goethiana de una *Weltliteratur* bajo el nuevo prisma de una verdadera *mundialización* en sentido fuerte), la experiencia de la ciudad y la dimensión urbana en la escritura literaria entre modernidad y posmodernidad, entre realismo y metaficción, identidad y posidentidad (especialmente en lo tocante a la prosa narrativa peninsular, con algunas incursiones en el terreno de otras literaturas lusófonas y de la literatura francesa y británica), así como los espacios de representación contemporáneos de lenguajes artísticos ligados a la cultura audiovisual y digital (fotografía, escenografía, cine, *net art*...). No obstante, lo más provechoso del texto de Silvestre reside con mucho en su actitud vigilante pero serena frente a los nuevos desafíos que se le plantean a los estudios humanísticos en la nueva economía del conocimiento. Entran en dicha actitud su estrenua defensa del sempiterno cariz poroso e interdisciplinar de los estudios literarios y el corolario que consiste en afirmar que tales estudios siempre estuvieron en crisis, oponiéndose de forma decidida a ciertas visiones elegíacas basadas en la línea argumentativa de que cualquier tiempo pasado fue mejor. Todo ello no es óbice, sin embargo, para que la delicadeza de la coyuntura institucional y epistemológica actual no deje su poso en ciertas imágenes de urgencia o apocalipsis que remiten a destrucciones, mutaciones drásticas o pérdidas. Sea como fuere, estamos de acuerdo con el autor cuando afirma que la perspectiva geoliteraria y cartográfica representa, a día de hoy, una buena plataforma para seguir perfilando objetos y métodos sancionados por la tradición sin dejar de incorporar nuevas lecturas e instrumentos renovados.

En realidad, el carácter polifacético e interdisciplinar de lo que a partir de los años 80 y en la estela de las propuestas de Fredric Jameson se ha venido denominando *giro espacial* de los estudios literarios podía apreciarse ya en contribuciones lejanas en el tiempo como la de Janusz Slawinski («El espacio en la literatura: distinciones elementales y evidencias introductorias», 1978), cuya articulación básica de los interrogantes en torno a los espacios literarios no tiene nada que envidiar a aportaciones más recientes como la de Oziris Borges Filho y Sidney Barbosa (*Poéticas do espaço literário*, 2009). El campo resultante de esas sistematizaciones, de geometría más bien variable, oscilaría entre la poética sistemática (en especial, la narratología formalista), la poética histórica (con Bajtin a la cabeza), la perspectiva temática y arquetípica (de Bachelard a Richard o Poulet), las representaciones espaciales fijadas en el sistema semántico del lenguaje (el estudio de las metáforas orientacionales por parte de Lakoff y Johnson, la semiótica cultural de Lotman) o la espacialización de la obra o del sistema literario (de Ingarden a Joseph Frank, de Blanchot y Genette a Even-Zohar). No obstante, quizá sea la ya aludida explosión del elemento cartográfico la que ha propiciado la capilaridad entre las humanidades con vocación teórica e histórica y otras disciplinas sociales (la geografía, en primer lugar) atraídas por el giro cultural.

Con este apresurado esbozo de esquema de los estudios de base geoliteraria, espacial y cartográfica como guía, bastaría una rápida lectura transversal de las fuentes bibliográficas consignadas en las diferentes contribuciones al volumen para sacar algunas conclusiones. En primer lugar, parece haber un predominio de los trabajos que privilegian el estudio del *espacio en la literatura* (ya se trate de espacios nacionales, transnacionales, urbanos o virtuales) frente a los que se centran la *literatura en el espacio* (aspectos sistémicos y de configuración del espacio cultural e identitario), por recurrir a la útil dualidad formulada en su día por Franco Moretti en su atlas de la novela europea. Con excepciones, los trabajos que adoptan una perspectiva histórico-literaria más tradicional y los que se acogen a los métodos de la crítica literaria cuentan con un menor bagaje teórico en torno a los estudios de base geoliteraria, más atendidos por los teóricos de la literatura y los nuevos medios, sin que ello suponga por nuestra parte un juicio de valor en uno u otro sentido. Respecto a ese bagaje teórico, es sintomático que nombres como los de Bachelard, Matoré, Frank, Bajtin o incluso Jameson aparezcan sólo de forma residual o alusiva, en favor de

una pléthora de estudiosos más cercanos en el tiempo y cuyas teorías giran en torno a cuestiones de geografía cultural (Edward W. Soja, Henri Lefebvre, David Harvey, en parte Edward S. Casey y Franco Moretti), a los debates sobre modernidad y posmodernidad (Ihab H. Hassan, Matei Calinescu, Jean-François Lyotard, Gilles Deleuze y Félix Guattari) o a los estudios poscoloniales y posnacionales (Edward Said, Arjun Appadurai, Homi Bhabha, Benedict Anderson, en parte Toni Negri y Michael Hardt). Una radiografía teórica y disciplinar que casa bien con los objetivos enunciados en la presentación y en la coda del volumen, como vimos con anterioridad.

En lo tocante a la estructuración del proyecto y al necesario agrupamiento de las contribuciones, el libro consta de cuatro partes bien diferenciadas cuyos criterios definitorios, más allá del equilibrio cuantitativo, son más evidentes en unos casos que en otros (como es lógico cuando se trata de combinar tradiciones y objetos tan dispares).

El primer bloque de trabajos («I. Nacional, transnacional, mundial») gira de forma predominante en torno a las complicadas relaciones entre el espacio geográfico e identitario representado en los textos literarios y los modelos espaciales puestos a punto por la crítica con el fin de manejar y ubicar dichos textos en diferentes niveles de comprensión. Desde el punto de vista genológico, la prosa narrativa es el objeto de tres de las intervenciones. Así, Fernando Cabo Aseguinolaza («Exotopía y emergencia. Sobre *La hija del mar* de Rosalía de Castro») prosigue en su acostumbrada profundización de estos temas y combina con acierto las disquisiciones teóricas en torno a la literatura en el espacio (fundamentalmente a partir de conceptos como lo *postnacional*, la *producción del lugar* o la infravalorada etiqueta de *novela regional*) con el análisis textual del espacio en la literatura. La obra escogida a tal efecto es *La hija del mar* (1859), de la escritora gallega Rosalía de Castro, cuya peculiar situación canónica en el ámbito de la literatura gallega (y su compleja relación con la literatura española) se revisa y aclara a partir de una inscripción paisajística, literaria y espacial calificada de *exotópica*. Por su parte, Margarida Esteves Pereira («*In the Kitchen*: Cartografías transnacionais e transculturais da sociedade inglesa contemporânea nos romances de Monica Ali») se detiene en las cartografías migratorias presentes en la obra narrativa de la escritora británica para poner en evidencia los problemas teóricos suscitados por marbetes como *literatura de la emigración*, responsables en ocasiones de seguir refrendando una idea racializada de identidad europea. La transposición literaria de Londres como ciudad del mundo global multicultural, transnacional y transcultural, en detrimento de su antigua condición de metrópoli imperial le sirve a Pereira para abogar por una superación de modelos espaciales binarios centro/periferia que considera obsoletos. De diásporas y migraciones poscoloniales se ocupa asimismo el trabajo de Joana Passos («Vimala Devi: espaços, voz e línguas»), quien propone una lectura crítica de la obra en prosa y verso de la escritora de Goa desde finales de los años 50 hasta el presente en tres momentos creativos que coinciden con su deambular sucesivo por las ciudades de Lisboa, Londres y Barcelona. La poesía (el género más esquivo a los acercamientos geoliterarios) es el eje de dos de las intervenciones de este primer bloque, por lo demás muy diferentes: si Paulo Meneses («Cartografías rarefeitas e(m) formulações exuberantes. *Extensão e intensão* de um conceito»), tras aludir al referente geográfico y sociológico de las cortes regias ligadas a la lírica trovadoresca, rastrea la configuración de la corte en cuanto *lugar mental* (el concepto es de María Corti) presente en algunos textos de la lírica galaico-portuguesa medieval, Pedro Serra («Superficies Iluminadas: Imaginación cartográfica de la poesía *transicional* española») firma una contribución densa y sin duda brillante en la que la presentación de credenciales y el *crecendo* filológico y teórico previos (entre giro espacial, materialidades de la comunicación e imágenes dinámicas rescatadas de la poesía barroca peninsular) acaban por ahogar en parte, debido a la falta de espacio, los textos de los poetas-cartógrafos de la Transición española (Leopoldo María Panero, Anibal Núñez y Antonio Gamoneda, entre otros) que constituyen su material

último de análisis. Por último, Ricardo Namora («*Much Ado About Nothing* (?) – Duas leituras da *Weltliteratur* de Goethe») parte de la evidencia del carácter coyuntural e histórico (casi individual) de la exitosa noción goethiana presente en su título para oponer las interpretaciones respectivas del concepto llevadas a cabo por el comparatista David Damrosch y por el escritor Thomas Mann, con no disimulada preferencia por el segundo. Si las objeciones de Namora a Damrosch (y al comparatismo universalista y ecuménico que representa) parecen razonables e incluso obvias, su concepción de lo *nuestro* (la nación) y lo *suyo* (otras naciones) como términos de la comparación y su defensa a ultranza de los cánones nacionales en sede académica y didáctica parecen remitir a modelos poco autorreflexivos que se dirían inmunes a décadas de estudios centrados en los aspectos simbólicos del *nation building*.

Los textos que componen el segundo apartado del volumen («II. Cartografías do realismo») orbitan todos ellos en torno a fuentes relacionadas con la novela europea (con especial atención por las literaturas de la Península Ibérica) entre mediados del siglo XIX y mediados del XX. Para empezar, en una aportación que, a decir verdad, sólo se deja leer en clave geoliteraria a partir de su título («Mapeando *Madame Bovary* de Flaubert: pelos caminhos das reescritas e “transcritas”»), Marie-Manuelle Silva le planta cara a la pérdida de aura de los estudios literarios (en este caso, referidos a la cultura francófona) y presenta una sugerente propuesta didáctica de relectura intercultural del clásico flaubertiano a partir de una decena de reelaboraciones en diferentes soportes y lenguajes (de la novela al cine o al cómic). Por su parte, José Manuel González Herrán («Los lugares de la ficción y sus nombres en la novela realista española del siglo XIX. Un ejemplo de Palacio Valdés, con alusiones a Pereda, Pardo Bazán, Alas») se detiene en la práctica verosimilizadora, frecuente en la poética realista y naturalista, de la nominación espacial (esos *noms de pays* de proustiana memoria), estableciendo una distinción entre las grandes ciudades (cuyos nombres suelen aparecer sin mayores velos) y los escenarios provincianos (transformados muchas veces en *fantápolis* heterónimas a causa de condicionantes más sociales y personales que literarios). Tras un preámbulo ejemplificatorio en el que se recurre a los grandes nombres de la narrativa realista española, el autor se centra en la novela de Armando Palacio Valdés titulada *El cuarto poder* (1888), llevando a cabo una informada pesquisa que nos permite adivinar en el trasfondo de Sarrió (la villa donde se desarrolla la trama de la narración) los rasgos combinados de las ciudades asturianas de Gijón y Avilés. A continuación, María do Cebreiro Rábade Villar firma un serio trabajo («Afectos e espazos. Teoría e crítica da cidade na obra narrativa de Rosalía de Castro») donde se mezclan la historia de las emociones en su declinación sociocultural de matriz francesa y los estudios geoliterarios en su doble acepción de espacio en la literatura y literatura en el espacio. Tomando como objeto la narrativa de Rosalía de Castro, Rábade Villar lleva a cabo una lectura histórica antiesencialista de la escritora gallega (en la senda de la intervención de Fernando Cabo antes mencionada) a través precisamente de las complejas relaciones entre la noción de tedio y la representación del espacio urbano compostelano. De sus análisis emerge una Rosalía cuya actitud ante el progreso delata las ambivalencias propias de una doble adscripción que bebe a un tiempo de la crítica liberal del atraso y de la defensa decidida de la propia comunidad política y sociocultural. Sin abandonar la dedicación al género narrativo y el marco cronológico propio del realismo y el naturalismo, António Apolinário Lourenço («O romance naturalista e o tempo real») parte de los análisis de David F. Bell en torno a las posibles consecuencias de la aceleración de los medios de transporte y comunicación en la novela decimonónica (calificada de narrativa *en tiempo real* o de *realismo subjetivo*, según la etiqueta que Michel Raymond acuñara en alusión a Flaubert) para leer en esa clave algunos textos de Eça de Queirós, Pardo Bazán, Jules Verne o José María de Pereda y hacer hincapié en trazos cuales la impersonalidad narrativa, el perspectivismo o la tendencia a la dramatización (*showing*) en detrimento de la narración tradicional (*telling*) como

corolarios de esa aceleración y movilidad generalizada de los tiempos modernos, con especial atención al ferrocarril. Ramón María del Valle-Inclán es, una vez más, objeto de las cuidadosas atenciones de Margarita Santos Zas («La ciudad en *La Media Noche*, de Valle-Inclán: cartografías de la destrucción y el miedo»), quien se detiene esta vez en la labor de corresponsal del autor gallego en Francia durante la Gran Guerra (en 1916) y, en especial, en la génesis y conformación (con interesantes cotejos del *avantesto*) de *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra* (1917), en donde se destacan esa visión estelar del título (ligada a la perspectiva panorámica y cenital propia del viaje aéreo) y un espacio múltiple plasmado en un relato caleidoscópico. La sección concluye con el trabajo de Xaquín Núñez Sabaris («El *flâneur* como ángel caído») en torno a tres textos canónicos de la literatura española como son *Luces de Bohemia* (1924), *La colmena* (1951) y *Tiempo de silencio* (1962). Por el título del trabajo puede ya adivinarse la presencia de Walter Benjamin en las reflexiones del autor, que parte de la importancia del elemento urbano en la literatura del siglo xx para centrarse en la visión laberíntica y caótica de Madrid consignada en los textos analizados, cuyos protagonistas itinerantes estarían en las antípodas del moderno detective (capaz de abrirse paso en ese dédalo urbano), lo que a la postre les supondrá ser expulsados de la urbe como sujetos físicos incapaces de enunciación y transformados en posmodernos ángeles caídos, en un proceso pergeñado en los dos primeros textos y que hallaría su perfecto cumplimiento, según esta lectura, en la novela de Luis Martín Santos.

Los «Mapas flutuantes» que dan título a la tercera sección del libro hacen honor a su nombre y se traducen en contribuciones alrededor de fenómenos literarios hibridados o incluso prácticas y lenguajes artísticos con estatus propio como la fotografía o el cine y ciertos géneros concebidos para su fruición en espacios virtuales. Si empezamos por los territorios más cercanos o familiares a los literatos, algunos autores de la nueva narrativa española le sirven a Antonio J. Gil González («Nuevas cartografías de la ciudad en la narrativa española del siglo xxi. Las afueras en el *Proyecto Nocilla* de Agustín Fernández Mallo y *Circular 07* de Vicente Luis Mora») para tratar de perfilar lo que califica de significativo cambio de paradigma en el tratamiento del espacio urbano y la espacialización narrativa, con referentes como la iconografía de Edward Hopper, el rizoma de Deleuze/Guattari o la *psicogeografía* situacionista de Guy Debord, una pista esta última que, más allá de sus inicios franceses (pensemos sólo en Iain Sinclair o Peter Ackroyd), merecería la pena seguir desarrollando. Ya en el territorio de la literatura y el arte concebidos para Internet y los entornos virtuales, María Teresa Vilariño Picos («Trans-arquitecturas, e-cartografías, ciber-textos») combina el acercamiento teórico a las nuevas prácticas digitales (a partir de rasgos como la integración, la interactividad, la inmersión, la narrativa multilineal e hipermedia, la noción de *disyunción* formulada por Nick Kaye o las *hypersurfaces* de Stephen Petrella) con la descripción de juegos *online* y *transarquitecturas* urbanas donde la figura del mapa es crucial y que tienden a combinar e incluso borrar los límites entre lo físico y lo virtual por medio de la hoy tan en boga *augmented reality*. De fronteras en crisis entre lenguajes y prácticas trata precisamente la contribución de Filipa Malva («Lugares virtuales em palcos reales»), que parte de la idea de escenografía teatral como espacialización del texto dramático para describir después algunas producciones llevadas a cabo por Mark Reaney en la Universidad de Kansas, con especial atención al proceso creativo de una adaptación escenográfica íntegramente virtual de *The Tempest* de William Shakespeare. Las enormes posibilidades ligadas en este campo a las herramientas virtuales permiten hablar de espacio cibernético como medio de fuga, sin que ello suponga olvidar el fecundo porvenir asociado a la combinación entre el diseño escenográfico analógico y el digital. En la contribución que abre este tercer bloque de mapas fluctuantes, Eunice Ribeiro («Floating Worlds: *Avenue Patrice Lumumba* de Guy Tillim») se detiene en una serie de fotografías que dan forma a una utopía panafricanista, un lugar simbólico más que real edificado a partir de las imágenes de seis países del continente olvidado. La sección

se cierra con un texto de Sérgio Dias Branco, una interesante análisis del documental *Balagan* (1993), de Andres Veiel (centrado en la memoria del Holocausto y en las trampas del espacio y del tiempo). Como en el caso anterior, se trata sin duda de un texto sugerente y bien trabajado que, no obstante, parece complicado reconducir al ámbito del *spatial turn*, más allá de la recurrencia a los omnipresentes *a priori* kantianos del espacio y del tiempo.

El cuarto y último bloque («IV. Paisagens do texto») funciona como un contenedor algo heterogéneo que alberga trabajos de desigual factura y origen. Así, Carlos Reis («Raízes do texto, razão da escrita: da alma ao papel») parte de una insistente retórica (antidigital) de la ruptura epocal en las materialidades del texto para proponernos, a lomos de las herramientas propias de la crítica genética y abogando por una historia *escritural* de la literatura, un viaje informado e inteligente por el proceso de la creación literaria predigital que, en puridad, se compeadece poco con el tema que da sentido al volumen. Muy diferente es la propuesta de Elias J. Torres Feijó («Discursos contemporâneos e práticas culturais dominantes sobre Santiago e o caminho: a invisibilidade como hipótese»), que desde un punto de vista sociológico y culturalista elenca y describe los elementos reportoriales actuales relativos al Camino de Santiago (de lo cultural/territorial y lo espiritual a lo deportivo y convivencial) creados y gestionados en la actualidad por instituciones como la Iglesia Católica o el Consejo de Europa, sin olvidar la recepción pilotada de *O Diário de um Mago* (1987) de Paulo Coelho (entre la Escila del esoterismo y la Caribdis de la ortodoxia vaticana), así como otras fuentes audiovisuales o literarias. Por su parte, el atinado trabajo de Clara Rowland («Mapa em movimento: a cartografia instável de Guimarães Rosa») acomete el análisis de la dimensión geográfica y cartográfica presente en la obra del escritor brasileño, transitando (de la mano de los aspectos materiales del objeto libro) uno de los campos a nuestro juicio más fecundos y prometedores de los enfoques de naturaleza geoliteraria: el estudio de los mapas como dispositivos textuales y paratextuales presentes en las obras literarias (y no sólo), su articulación histórica y su dimensión poético-retórica. «Radiografia da paisagem e do desejo: incursão em José Luís Peixoto e Gonçalo M. Tavares», texto firmado por Luís Mourão, constituye una extensión análitica y crítica de las teorías del autor sobre el fin de la historia en la ficción portuguesa contemporánea, privilegiando en este caso el consiguiente crecimiento de la dimensión espacial y aplicando dicho presupuesto a algunos ejemplos de la narrativa portuguesa del siglo XXI. Carácter de bibliografía razonada tiene el texto de Alexia Dotras Bravo («*Don Quijote de la Mancha*: el espacio como protagonista en el IV Centenario. Presencia en los estudios geográficos y geoliterarios»), que lleva a cabo un útil repaso de algunas de las contribuciones en torno a los aspectos geoliterarios del texto cervantino imputables a los estudiosos antes y después del señalado año 2005. En tan donoso escrutinio sólo se echa a faltar el hermoso volumen *Los mapas del Quijote* (2005), catálogo de la homónima exposición que la Biblioteca Nacional de Madrid albergó en el verano del IV centenario de la obra y que por su acopio de material iconográfico y su cuidada contextualización merece la pena consignar aquí. Para concluir reseña y volumen, nos referiremos al último de los trabajos incluidos en el mismo, obra de Carlos Machado («Naufrágio no Cais: tentativas de enraizamento e experiências de descentramento do modo de ser português»), donde el cariz constructivista de la nación tan bien descrito por Benedict Anderson es transformado (con la ayuda de Eduardo Lourenço) casi en coartada mítica para la refundación de un nuevo nacionalismo postsalazarista y postsebastianista que el autor sitúa (en clave imagológica) en la ascensión del naufragio y en el descentramiento del arte de ser portugués presente en algunos ejemplos de la narrativa posterior al 25 de abril (António Lobo Antunes, Lúcia Jorge, Almeida Faria).

ENRIQUE SANTOS UNAMUNO  
UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA